

Tras los muros del Kremlin (Abel Enukidze)

León Trotsky

8 de enero de 1938

(Versión al castellano desde “[Derrière les murs du Kremlin]”, en L. Trotsky (P. Broué, dirección), *Oeuvres*, Tomo 16, enero – marzo de 1938, Institut Léon Trotsky, París, 1983, páginas 41-57. Houghton Library, artículo (T 4265). El pasaje entre corchetes no aparece en todas las ediciones.)

Incluso para quienes conocen bien a los protagonistas y la situación, los recientes acontecimientos en el Kremlin son incomprensibles. Lo sentí con especial intensidad cuando llegó la noticia de la ejecución de Enukidze, el viejo secretario permanente del Comité Central Ejecutivo de los Sóviets¹. Enukidze, no era un personaje importante. Las afirmaciones de algunos periódicos de que era “amigo de Lenin” y formaba parte del “grupo restringido que dirigía Rusia” son inexactas. Lenin tenía buenas relaciones con Enukidze, pero no mejores que con decenas de personas. Enukidze era un político de segundo plano, sin ambiciones personales, con una disposición permanente a adaptarse a la situación; precisamente por eso parecía menos candidato a la ejecución que cualquier otro. Las calumnias de la prensa soviética contra Enukidze comenzaron de forma totalmente imprevista poco después del proceso de Zinóviev y Kámenev². Se le acusaba de ser depravado y de mantener relaciones con “enemigos del pueblo”. ¿Qué significa “relaciones con enemigos del pueblo”? Es muy probable que Enukidze, que era un hombre generoso, intentara ayudar a las familias de los bolcheviques ejecutados. La “depravación” significa gusto por las comodidades personales, un nivel de vida demasiado alto, las mujeres, etc. Sin duda hay algo de verdad en ello. Sin embargo, si se ha llegado a fusilar a Enukidze eso quiere decir que las cosas han llegado muy lejos, muy lejos, en el Kremlin. Por eso me parece que el simple recuerdo de la vida de este hombre permitirá al lector extranjero comprender mejor lo que ocurre tras los muros del Kremlin.

*

**

Abel Enukidze era georgiano, como Stalin, y de Tiflis. El Abel de la Biblia era más joven que Caín. Enukidze, por el contrario, era dos años mayor que Stalin. En el momento de su ejecución, tenía unos sesenta años. Desde su juventud, formó parte de los bolcheviques que constituyeron una fracción dentro del partido socialdemócrata unido junto a los mencheviques. A principios de siglo, existía en el Cáucaso una notable imprenta clandestina que desempeñó un papel nada desdeñable en la preparación de la primera revolución (1905). Los dos hermanos Enukidze, Abel “el pelirrojo” y Simón “el moreno”³, trabajaban activamente en esta imprenta. La empresa estaba financiada por Leonid Krassin⁴, que se convertiría en un administrador y diplomático soviético de

¹ Abel S. Enukidze (1877-1937), hijo de campesino, ferroviario y luego revolucionario profesional empleado en una imprenta clandestina; delegado en el II Congreso Panruso de Sóviets, luego secretario del ejecutivo de los Sóviets de 1923 a marzo de 1935; expulsado del partido en 1935, detenido, juzgado y ejecutado en 1937.

² Grigori E. Radomylsky, conocido como Zinóviev (1883-1936) y Lev B. Rosenfeld, conocido como Kámenev (1883-1936), viejos bolcheviques, adversarios de la insurrección de 1917, aliados de Stalin contra Trotsky y luego de Trotsky contra Stalin, capitularon en 1927 y se comprometieron a “confesar” y renegar. Detenidos en diciembre de 1934 y condenados a prisión en enero de 1935, fueron condenados a muerte en el primer proceso de Moscú y fusilados en agosto de 1936.

³ No sabemos nada de este hermano.

⁴ Léonid B. Krassin (1870-1926), ingeniero, fue uno de los engranajes esenciales de la red de Iskra, cuyo aparato clandestino utilizaba gracias a él las centrales eléctricas. Fue el gran organizador del armamento de

renombre. En aquella época, este joven y talentoso ingeniero, con la cooperación del joven escritor Máximo Gorki⁵, sabía cómo conseguir dinero para la revolución de millonarios liberales como Savva Morozov⁶.

Desde entonces, Krassin había mantenido una relación amistosa con Enukidze; se llamaban por sus apodos. Fue de boca de Krassin de quien oí por primera vez el nombre bíblico de “Abel”.

En el difícil periodo entre la primera y la segunda revolución, Enukidze, como la mayor parte de los llamados “viejos bolcheviques”, se alejó del partido. No sé si fue por mucho tiempo. Durante algunos años, Krassin logró convertirse en un industrial destacado. Enukidze no amasó capital. Al comienzo de la guerra, fue enviado de nuevo al exilio y, desde allí, en 1916, fue enviado al servicio militar como todos los hombres de cuarenta años. La revolución lo trajo de vuelta a Petersburgo. Lo conocí por primera vez en el verano de 1917, en la sección de soldados del Sóviet de Petersburgo. La revolución había atraído a muchos viejos bolcheviques, pero estos se mostraban perplejos y hostiles ante el programa de Lenin para tomar el poder. Enukidze no era una excepción, pero era más prudente que los demás y se mantenía a la expectativa. No era un orador, pero conocía bien el ruso y, si era necesario, podía pronunciar un discurso con menos acento que la mayoría de los georgianos, incluido Stalin. En el plano personal, causaba una impresión agradable por su carácter afable, su falta de pretensiones y su tacto. A esto hay que añadir una timidez extrema: a la menor ocasión, el rostro salpicado de pecas de Abel se ponía carmesí.

¿Qué hizo Enukidze en los días de la insurrección de octubre? No lo sé. Es posible que esperara. En cualquier caso, no estaba al otro lado de la barricada como los señores Troyanovsky, Maisky, Suritz⁷ (hoy embajadores) y cientos de otros altos funcionarios. Tras el establecimiento del régimen soviético, Enukidze entró inmediatamente en el presidium del comité ejecutivo central y se convirtió en su secretario. Es muy probable que fuera por iniciativa del primer presidente del CEC, Sverdlov⁸, quien, a pesar de su juventud, conocía a los hombres y sabía poner a cada uno en su lugar. El propio Sverdlov intentó dar al presidium una importancia política, lo que provocó incluso algunas fricciones con el consejo de comisarios del pueblo, en parte con el buró político. Tras la

los obreros durante la revolución de 1905, abandonó toda actividad política entre 1908 y 1917 y trabajó en Siemens. Posteriormente fue comisario del pueblo para las comunicaciones, embajador en París, etc.

⁵ Akksei M. Pechkov, conocido como Maksim Gorky (1868-1936), el mayor escritor ruso contemporáneo, militó en la clandestinidad en las filas del POSDR a partir de 1901.

⁶ En *Bajanov revela a Stalin*, página 134, Boris Bajanov (nacido en 1900), estrecho colaborador de Stalin en calidad de “secretario del politburó” desde 1923 hasta su huida al extranjero el 1 de enero de 1928, escribe al respecto: “Burevestnik (es decir, Máximo Gorki) es uno de los líderes del Teatro de Arte de Moscú. Ayudó a la actriz Andreieva a seducir al millonario Savva Morozov, y a través de Andreieva llegó una lluvia de oro a las arcas de Lenin”. L. Schapiro, en *The Communist Party of the Soviet Union*, página 88, escribe: “Se entregó una gran suma (60.000 rublos) a Lenin, Bogdanov y Krassin durante este periodo, 1906-1907, por la esposa de Gorki en calidad de representante de una póliza de seguro de vida del benefactor de los bolcheviques, el industrial Morozov, fallecido en 1905”. Según Gorki, Morozov se habría suicidado.

⁷ Aleksandr A. Troyanovsky (1882-1955). Hijo de un oficial, se unió inicialmente al bolchevismo. Pasó al menchevismo en 1917-1921 y consiguió su reintegración en el partido gracias a Stalin. Era embajador en Washington desde 1933. Yakov Z. Suritz (1882-1952) fue menchevique hasta 1918 y luego ocupó cargos diplomáticos (Alemania 34-37, luego Francia). Iván M. Liajovetsky, conocido como “Waisky” (1884-1975), llegó a ser ministro del gobierno blanco del almirante Kolchak como menchevique.

⁸ Yakov M. Sverdlov (1885-1919), militante a los 15 años y deportado a los 16, fue el verdadero organizador del Partido Bolchevique y secretario de su comité central.

muerte de Sverdlov, a principios de 1919, N. L. Kalinin⁹ fue elegido presidente, a propuesta mía, y ha permanecido en el cargo hasta ahora, lo que no es poca cosa. Durante todo este tiempo, Enukidze siguió ocupando el cargo de secretario.

Estas dos figuras, Mijaíl Ivánovich y Abel Safronovich, encarnaban la institución soviética suprema a los ojos de la población. Superficialmente, daba la impresión de que Enukidze tenía en sus manos gran parte del poder. Pero no era más que una ilusión óptica. El trabajo legislativo y administrativo fundamental lo realizaba el consejo de comisarios del pueblo, bajo la dirección de Lenin. Las cuestiones de principios, los desacuerdos y los conflictos se resolvían en el buró político, que desde el principio desempeñó el papel de un supergobierno. Durante los tres primeros años, cuando todas las fuerzas se tensaban por la guerra civil, un enorme poder se concentró por la fuerza de las circunstancias en manos de la autoridad militar. El presidium del comité ejecutivo central ocupaba en este sistema un lugar que no estaba claramente definido, pero que en cualquier caso no era autónomo. Sin embargo, sería erróneo negarle toda importancia. En aquella época, nadie temía quejarse, criticar o reivindicar. Estas tres importantes funciones, reivindicación, crítica y queja, pasaban esencialmente por el comité ejecutivo central.

Durante los debates en el buró político, Lenin se giraba a menudo hacia Kalinin y le decía con amistosa ironía: “¿Qué opina el jefe del estado?”. Kalinin tardó en reconocerse en ese apodo excesivo. Antiguo campesino de Tver y luego obrero de Petersburgo, ocupaba ese cargo elevado e inesperado con bastante modestia y, en cualquier caso, con prudencia. Solo poco a poco la prensa soviética forjó su nombre y su autoridad ante los ojos del país. Es verdad que, durante mucho tiempo, la clase dirigente no se tomó en serio a Kalinin, y que, incluso ahora, no lo toma en serio. Pero las masas campesinas se habían acostumbrado poco a poco a la idea de que había que “solicitar” a través de Mijaíl Ivánovich. Y, además, esto no se limitaba a los campesinos. Antiguos almirantes zaristas, senadores, profesores, médicos, juristas, artistas y, no menos numerosas, actrices, eran recibidos por el “jefe del estado”. Todos tenían alguna petición que presentar: sobre sus hijos e hijas, casas requisadas, calefacción para los museos, instrumentos quirúrgicos o incluso la posibilidad de encargar en el extranjero cosméticos indispensables para la escena. Kalinin no tenía dificultad en encontrar las palabras adecuadas para los campesinos. En los primeros años se sentía intimidado frente a la intelectualidad burguesa. Fue entonces cuando Enukidze (más culto y mundano) le resultó especialmente necesario. Además, Kalinin viajaba a menudo, por lo que, en Moscú, durante las audiencias, era sustituido por el secretario. Juntos trabajaban en buena armonía. Ambos eran oportunistas por naturaleza; siempre buscaban la línea de menor resistencia y se complementaban bien.

Gracias a sus altos cargos, Kalinin fue integrado en el comité central del partido e incluso se convirtió en suplente del buró político. El amplio abanico de sus conversaciones y entrevistas le permitía aportar a las reuniones mucha información valiosa sobre la vida cotidiana. Es cierto que sus propuestas rara vez eran aceptadas. Pero sus comentarios eran escuchados con atención y, de una forma u otra, tenidos en cuenta. Enukidze nunca entró en el comité central, al igual que, por ejemplo, Krassin. Estos “viejos bolcheviques” que habían roto con el partido durante el periodo de reacción fueron admitidos durante esos años en puestos de los sóviets, pero no en el partido. Además, como ya se ha dicho, Enukidze nunca tuvo pretensiones políticas. Confiaba ciegamente en la dirección del partido. Era profundamente devoto de Lenin, con un matiz de adoración y (hay que señalarlo para comprender lo que sigue) estaba muy apegado a mí.

⁹ Mijaíl I. Kalinin (1875-1946), miembro del partido en 1898, había sido un valiente luchador obrero clandestino, a menudo detenido y condenado. Alcalde de Petrogrado en 1917, se convirtió en presidente del ejecutivo de los sóviets y lo siguió siendo. Parece que al principio simpatizó con los derechistas.

En las raras ocasiones en que Lenin y yo teníamos divergencias políticas, Enukidze sufría profundamente. Puedo decir, de paso, que lo mismo ocurría con muchos otros.

Sin desempeñar un papel político importante, Enukidze ocupaba sin embargo un lugar destacado, si no en la vida del país, al menos en las esferas dirigentes. El hecho es que en sus manos se concentraba toda la intendencia del comité ejecutivo central: los productos de la cooperativa del Kremlin solo podían entregarse con su autorización. La importancia de este hecho no me quedó clara hasta más tarde y, además, gracias a indicios indirectos. Había pasado tres años en el frente. Durante ese tiempo, había comenzado a instaurarse progresivamente un nuevo modo de vida en la burocracia soviética. No es cierto que en aquella época se nadara en el lujo en el Kremlin, como afirmaba la prensa blanca. En realidad, se vivía de forma muy modesta. Sin embargo, habían aparecido diferencias y privilegios que se acumulaban automáticamente. Enukidze, por sus funciones, por decirlo así, se encontraba en el centro de este proceso. Entre muchos otros, Ordzonikidze¹⁰, que era entonces el personaje principal en el Cáucaso, velaba por que Enukidze tuviera en su cooperativa la cantidad necesaria de productos de la tierra.

Cuando Ordzonikidze partió hacia Moscú, esta obligación recayó en Orechelashvili¹¹, a quien todos consideraban un títere de Stalin. Budu Mdivani¹², presidente de los comisarios del pueblo de Georgia, enviaba al Kremlin vino de Kachjetia. Nestor Lakoba¹³ enviaba desde Abjasia cajas de mandarinas. Los tres, Orechelashvili, Mdivani y Lakoba, por cierto, figuran hoy en la lista de los ejecutados¹⁴. En 1919, supe por casualidad que Enukidze tenía vino en sus almacenes y propuse su prohibición. “Sería demasiado severo”, me dijo Lenin en tono jocoso. Intenté insistir: “Si llega el rumor al frente de que en el Kremlin se celebran fiestas, temo que haya consecuencias desagradables”. El tercero en esta conversación era Stalin, que protestó: “¿Cómo podemos nosotros, los caucásicos, prescindir del vino?” Lenin se unió a él: “¡Ya ves! Tú puedes prescindir del vino, pero sería una ofensa para los georgianos”. Yo respondí: “No se puede hacer nada si aquí, entre nosotros, las costumbres se han suavizado”. Creo que este pequeño diálogo, en tono jocoso, caracteriza, a pesar de todo, las costumbres de la época: se consideraba una botella de vino un lujo.

Ese mismo año, en 1920, quizá a principios de 1921, Kámenev, que estaba casado con mi hermana, me invitó por teléfono a su casa durante una breve estancia en Moscú. Fui a visitarlo al famoso “pasillo blanco”. Uno de los viejos sirvientes del Kremlin, con un gesto particular de deferencia y familiaridad, que me puso inmediatamente en guardia, me abrió la puerta del apartamento de Kámenev. Varios dignatarios del Kremlin estaban sentados con sus esposas alrededor de una gran mesa. Sobre la mesa había botellas y *zakusky* que, por supuesto, procedían de la cooperativa de Enukidze. Todo tenía un aire pequeño burgués, en el mejor de los casos burgués medio. Pero esa atmósfera de prosperidad me chocó. Sin saludar a nadie, di media vuelta, cerré la puerta y volví a mi casa. El criado, esta vez, me mostró un rostro severo y un poco asustado. A partir de ese día, mis relaciones con Kámenev, que habían sido excelentes en el período posterior a la

¹⁰ Grigori K. Ordzonikidze, conocido como Sergo (1886-1937), miembro del partido en 1903, ferroviario, luego revolucionario profesional, organizador clandestino, apoyó a Stalin y fue comisario del pueblo y miembro del buró político. Se suicidó en 1937, pero el régimen lo desmintió.

¹¹ Iván D. Orachelashvili (1881-1937), miembro del partido en 1903, fue uno de los líderes georgianos más importantes. Había sido fusilado en diciembre del año anterior.

¹² Polikarp G., conocido como Boudou Mdivani (1877-1937), miembro del partido en 1903, se enfrentó a Stalin y Ordzonikidze. Fue miembro de la Oposición de Izquierda, expulsado y deportado en 1928, reintegrado tras “arrepentirse” en 1931. Fue condenado a muerte el 9 y ejecutado el 10 de julio de 1935.

¹³ Néstor A. Lakoba (1893-1936), hijo de un campesino, antiguo seminarista, era muy popular en Abjasia.

¹⁴ Por supuesto no se trata de la misma lista en sentido estricto, ya que estos hombres fueron fusilados en fechas diferentes.

insurrección, comenzaron a deteriorarse. Para justificarme, diré que no me inspiraba ningún puritanismo ridículo, sino solo una reacción inmediata: los asuntos de la guerra civil me poseían por completo y sin compartirlos con nadie.

Con la introducción de lo que se denominó la “nueva política económica” (NEP), las costumbres de la clase dirigente comenzaron a cambiar cada vez más rápidamente. Una minoría seguía viviendo a un nivel que no era mejor que el de los años de emigración y no le prestaba ninguna atención. Cuando Enukidze proponía a Lenin alguna mejora en su vida personal, este se escabullía diciendo: “No, se está mejor en las viejas zapatillas”. Desde diferentes regiones del país le enviaban todo tipo de productos locales, recientemente decorados con las armas soviéticas. “Me han vuelto a enviar baratijas”, decía Lenin, “habría que prohibirlo”. Finalmente, las “baratijas” se enviaban al hospital infantil o al museo... Mi familia no cambió su forma de vida habitual en el ala de “los caballeros” del Kremlin. Bujarin seguía siendo, en el fondo, un viejo estudiante. Zinóviev vivía modestamente en Leningrado. Kámenev, por el contrario, se adaptó muy rápidamente a este nuevo modo de vida; en él siempre había convivido un sibarita con el revolucionario. Lunacharsky¹⁵, el comisario de educación pública, se dejó arrastrar aún más rápidamente por la corriente. No me inclino a creer que Stalin modificara mucho sus condiciones de vida después de octubre. Pero, en aquella época, apenas entraba en mi horizonte. Muchos otros apenas le prestaban atención. Solo más tarde, cuando ocupó el primer puesto, me contaron que, además de la botella de vino, le gustaba degollar un cordero en su villa o disparar a los cuervos desde su ventana. No puedo certificar la veracidad de la anécdota. En cualquier caso, en la organización de su vida personal en aquella época, Stalin dependía en gran medida de Enukidze, quien trataba a su compatriota no solo sin “adoración”, sino también sin simpatía, principalmente debido a su brutalidad y sus caprichos, es decir, aquellos rasgos que Lenin había considerado necesario mencionar en su “Testamento”. El personal subordinado del Kremlin, que apreciaba especialmente a Enukidze por su sencillez, su carácter afable y su equidad, manifestaba por el contrario una actitud de extrema hostilidad hacia Stalin.

Mi esposa, que administró los museos y monumentos históricos del país durante diez años, recuerda dos episodios en los que Enukidze y Stalin mostraron rasgos muy característicos. En el Kremlin, al igual que en Moscú y en todo el país, se libraba una batalla incesante por los apartamentos. Stalin quería cambiar el suyo, demasiado ruidoso, por otro más tranquilo. El agente de la Cheka Belenky¹⁶ recomendó algunas salas de recepción del palacio del Kremlin. Mi mujer se opuso: el palacio se conservaba como museo. Lenin le escribió una larga carta de reprimenda: se podía retirar el mobiliario del “museo” de algunas estancias del palacio; se podían tomar medidas especiales de protección; Stalin necesitaba un apartamento donde pudiera dormir tranquilo; en su apartamento actual se podía alojar a jóvenes capaces de dormir incluso bajo un bombardeo de artillería, etc. Pero la guardiana del museo no cedió ante estos argumentos. Enukidze se puso de su parte. Lenin designó una comisión para verificar. La comisión reconoció que el palacio no era un lugar para vivir. Finalmente, el afable y complaciente Serebriakov le cedió a Stalin su propio apartamento. Stalin lo mandó fusilar diecisiete años después.

Vivíamos en el Kremlin, apiñados unos sobre otros. La mayoría trabajaba fuera de los muros. Las reuniones terminaban a cualquier hora del día y de la noche y el ruido de los coches nos impedía dormir. Finalmente, gracias a la mediación del presidium del

¹⁵ Anatoli V. Lunacharsky (1875-1933), crítico de arte, se unió al partido en 1917 y fue comisario del pueblo para la educación hasta 1929.

¹⁶ A. Ya. Belenky (1883-1941), miembro del partido en 1902, emigró a Francia de 1904 a 1917 y fue jefe de la guardia personal de Lenin de 1919 a 1924, pasando luego a la Cheka.

comité ejecutivo central, es decir, de Enukidze, se estableció una norma: a partir de las once de la noche, los automóviles debían detenerse bajo los arcos, donde comenzaban los apartamentos residenciales; desde allí, los dignatarios debían continuar a pie. La norma se estableció con el acuerdo de todos. Pero un coche seguía perturbando nuestra paz. Despierto a las tres de la madrugada, esperé en la ventana el regreso del coche y pregunté al conductor: “¿No conoce la norma?”. “La conozco, camarada Trotsky”, me respondió el conductor, “pero, ¿qué podía hacer? Cuando llegamos bajo los arcos, el camarada Stalin me ordenó que continuara”. Fue necesaria la intervención de Enukidze para obligar a Stalin a respetar el sueño de los demás. Creemos que Stalin nunca le perdonó esa pequeña afrenta.

Tras la última enfermedad de Lenin y el inicio de la campaña contra el “trotskismo”, se produjo un cambio muy brusco en las condiciones de vida de la burocracia. En todas las grandes luchas políticas, en última instancia, se puede descubrir la cuestión del bistec. Ante la perspectiva de la “revolución permanente”, la burocracia oponía la del bienestar personal y la comodidad. Se celebraban banquetes secretos dentro y fuera de los muros del Kremlin. Su objetivo político era reunir a las filas de la “vieja guardia” contra mí. [Fue en esa época, en 1924, cuando Stalin, Dzerzhinsky y Kámenev charlaban íntimamente alrededor de una botella de vino en Zubalov, en una villa. A la pregunta de qué era lo que más le gustaba en la vida, Stalin, ligeramente excitado, respondió con una franqueza inusual: “Elegir a mi víctima, prepararlo todo, vengarme sin piedad e irme a la cama”. Kámenev repitió más de una vez esta conversación tras su ruptura con Stalin. Kámenev esperaba lo peor de su antiguo aliado, y a pesar de todo, no supo prever la terrible venganza que Stalin le tenía reservada tras una larga preparación. En cuanto a si Stalin durmió bien la noche siguiente al asesinato de Kámenev, Zinóviev y los demás, no lo sé.]

Los preparativos para los banquetes de la “Vieja Guardia” recaían en gran parte sobre Enukidze. Ya no se limitaban al modesto vino de Kachjetia. Fue durante este periodo cuando comenzó, propiamente hablando, la “depravación” que años más tarde se le imputaría a Enukidze como un crimen. Es probable que el propio Abel nunca fuera invitado a los banquetes íntimos en los que se tejieron y se estrecharon los lazos de la conspiración. A decir verdad, no buscaba participar en ellos, aunque, en general, no tenía nada en contra de los banquetes. No le gustaba la lucha que se había iniciado contra mí y lo manifestaba de todas las formas posibles.

Enukidze vivía, como nosotros, en el ala de los caballeros. Viejo soltero, ocupaba un pequeño apartamento que había sido antiguamente la vivienda de un funcionario de segunda clase. Pasaba encorvado, envejecido, con aire culpable. A diferencia de los demás, nos saludaba a mi mujer, a mí y a nuestros hijos con una afabilidad redoblada. Pero, políticamente, Enukidze seguía la línea de menor resistencia. Se alineaba con Kalinin. Y el “jefe del estado” empezaba a comprender que la fuerza ya no estaba en las masas, sino en la burocracia, y que la burocracia estaba en contra de la “revolución permanente”, a favor de los banquetes, de una “vida feliz” y de Stalin. El propio Kalinin llegó a convertirse en esa época en otro hombre. No es que lograra desarrollar de manera apreciable sus conocimientos o profundizar en sus concepciones políticas, pero había adquirido la rutina del “hombre de estado”, había elaborado el estilo particular de un tonto astuto y ya no perdía la compostura ante los profesores, los artistas y, sobre todo, las actrices. Como sabía muy poco de los entresijos de la vida en el Kremlin, no me enteré hasta mucho más tarde de la nueva vida de Kalinin, y además por una fuente totalmente inesperada. En una de las revistas satíricas soviéticas apareció en 1925 un dibujo que mostraba (aunque cuesta creerlo) al jefe del estado en una situación muy comprometedora. El parecido no dejaba lugar a dudas. Además, en el texto, *muy atrevido*,

se referían a Kalinin con sus iniciales, “N. I.”. No podía creer lo que veían mis ojos. “¿Qué es esto?”, pregunté a varias de las personas que me eran cercanas, entre ellas Serebriakov¹⁷. “Es Stalin quien da una última advertencia a Kalinin”. “¿Pero por qué?” “Seguro que no es porque quiera vigilar su moralidad. Kalinin debe resistirse en algún punto.” En realidad, Kalinin, que conocía demasiado bien a Stalin, durante mucho tiempo no quiso reconocerlo como jefe. En otras palabras, se negaba a vincular su futuro al suyo. “Ese caballo”, decía en un pequeño círculo, “algún día llevará el carro al foso”. Solo poco a poco, murmurando y resistiéndose, se volvió contra mí, luego contra Zinóviev y, finalmente, tras una resistencia aún mayor, contra Ríkov, Bujarin y Tomsy¹⁸, con quienes había estado estrechamente vinculado por sus tendencias moderadas. E nukidze siguió la misma evolución que Kalinin, solo que más en la sombra y, sin duda, con más tormentos internos.

Por su carácter, cuyo rasgo dominante era adaptarse dócilmente a todo, E nukidze no pudo evitar encontrarse en el bando de Termidor. Pero no era un arribista y mucho menos un sinvergüenza. Le resultaba difícil desprenderse de las viejas tradiciones y aún más apartarse de las personas a las que estaba acostumbrado a respetar. E nukidze no solo no mostró ningún entusiasmo agresivo, sino que, por el contrario, se quejaba, refunfuñaba y se resistía. Stalin lo sabía muy bien y advirtió a E nukidze en más de una ocasión. Lo supe, por así decirlo, de primera mano. Hace diez años, el sistema de delación ya había envenenado no solo la vida política, sino también las relaciones personales; sin embargo, aún quedaban muchos casos en los que persistía la confianza mutua. E nukidze era amigo de Serebriakov, en aquel entonces importante militante de la Oposición de Izquierda, y a menudo le abría su corazón. “¿Y qué más quiere?”, se quejaba E nukidze. “Hago todo lo que me pide, pero no le basta. Todavía tengo que considerarlo un genio”. Es muy posible que, ya en aquella época, Stalin lo hubiera incluido en la lista de aquellos de quienes debía vengarse. Pero, como la lista era muy larga, Abel tuvo que esperar su turno durante varios años. En la primavera de 1925, mi esposa y yo estábamos en Sujumi, en el Cáucaso, bajo la protección de Néstor Lakoba, el líder indiscutible de la República de Abjasia. Era (pues para todos hay que decir *era*) un hombre muy pequeño y, además, casi sordo. A pesar del aparato especial que llevaba, no era fácil conversar con él. Pero Néstor conocía su Abjasia y Abjasia conocía a Néstor, héroe de la guerra civil, hombre de gran valor y firmeza, así como de gran sentido práctico. El hermano menor de Néstor, Mijaíl Lakoba, de 21 años, era ministro del interior de la pequeña república y también mi fiel guardaespaldas durante mi estancia en Abjasia. Mijaíl era

(*todavía, era*) un joven abjasio, modesto y jovial, un hombre sin artificios. Nunca tuve una discusión política con los dos hermanos. Una sola vez, Néstor me dijo: “No veo nada notable en *él*: ni inteligencia ni talento”. Comprendí que se refería a Stalin, pero no continuamos la conversación.

Esa primavera, la sesión ordinaria del comité ejecutivo central no se celebró en Moscú, sino en Tiflis, en la tierra de Stalin y E nukidze. En aquel momento circulaban

¹⁷ Leonid P. Serebriakov (1890-1937), bolchevique en 1905, obrero metalúrgico, dirigente del partido en Moscú en 1917, fue secretario del comité central en 1919-1920 y luego comisario de comunicaciones. Miembro de la Oposición de Izquierda, se arrepintió en 1929 y fue readmitido en 1930. Fue uno de los acusados en el segundo proceso de Moscú en enero de 1937 y ejecutado el día 30.

¹⁸ Mijaíl P. Efremov, alias Tomsy (1880-1936), impresor, bolchevique desde 1904, dirigió los sindicatos de la URSS hasta 1929. Pertenecía a la tendencia “derechista” y se suicidó en agosto de 1936. Aleksei I. Ríkov (1881-1938), miembro del partido en 1898, líder de la oposición de los “comitardos” a Lenin, detenido y condenado en numerosas ocasiones, había sucedido a Lenin en 1924 al frente del Consejo de Comisarios del Pueblo. Fue apartado de sus responsabilidades al mismo tiempo que Bujarin y Tomsy. Fue arrestado a finales de 1936. Nikolái I. Bujarin (1888-1938), a quien Lenin llamaba “el favorito del partido”, había sido el abanderado de la “derecha”.

rumores confusos sobre un conflicto entre Stalin y los otros dos miembros del triunvirato, Zinóviev y Kámenev. De forma inesperada, un miembro del comité ejecutivo central, Miasnikov¹⁹, y el adjunto del jefe de la GPU, Mogilevsky²⁰, tomaron un avión en Tiflis para venir a verme a Sujumi. En las filas de la burocracia se empezaron a oír muchos rumores sobre una posible alianza entre Trotsky y Stalin. De hecho, Stalin, preparándose para la ruptura del triunvirato, quería asustar a Zinóviev y Kámenev, que cedían fácilmente al pánico. Sin embargo, el avión diplomático se incendió en pleno vuelo, debido a un cigarrillo mal apagado o por alguna otra razón, y los dos pasajeros perecieron, junto con el piloto. Aproximadamente dos días después, otro avión trajo de Tiflis a Sujumi a dos miembros del comité ejecutivo central, mis amigos el embajador soviético en Francia Rakovsky²¹ y el comisario del pueblo para los servicios postales Smirnov²². La oposición ya era perseguida en aquella época. “¿Quién les ha dado un avión?”, pregunté con asombro. “E nukidze”. “¿Cómo se atrevió?” “Al parecer, las autoridades lo sabían”. Mis anfitriones me dijeron que E nukidze estaba radiante, que esperaba un pronto compromiso con la oposición. Sin embargo, ni Rakovsky ni Smirnov venían en misión política: Stalin, sin comprometerse en absoluto, solo buscaba sembrar ilusiones entre los “trotskystas” y el pánico entre los zinovievistas. Sin embargo, E nukidze, al igual que Néstor Lakoba, esperaban sinceramente un cambio de política y levantaban la cabeza. Stalin nunca se lo perdonó. Smirnov fue fusilado durante el proceso a Zinóviev. Néstor Lakoba fue fusilado sin juicio, evidentemente por negarse a confesar “por voluntad propia”. Mijaíl Lakoba fue fusilado tras el veredicto de un tribunal ante el que había lanzado acusaciones fantásticas contra su hermano, ya fusilado. Aún se desconoce qué ha sido de Rakovsky desde su detención.

Para atar mejor a E nukidze, Stalin lo hizo entrar en la comisión central de control, encargada de velar por la moralidad del partido. ¿Preveía Stalin que el propio E nukidze sería acusado de infringirla? En cualquier caso, tales contradicciones nunca le detuvieron. Basta decir que el viejo bolchevique Rudzutak²³, detenido bajo las mismas acusaciones, había sido durante muchos años presidente de esta comisión central de control, es decir, algo así como un sumo sacerdote que velaba por la moralidad del partido de los sóviets.

Durante mis últimos años de vida soviética supe, a través de los canales de comunicación, que Stalin poseía archivos privados en los que coleccionaba documentos, pruebas circunstanciales y rumores maliciosos sobre todos los altos funcionarios soviéticos sin excepción. En 1929, en el momento de la ruptura abierta con los miembros del ala derecha del buró político (Bujarin, Ríkov y Tomsy), Stalin solo consiguió mantener a Kalinin y Voroshílov²⁴ de su lado amenazándoles con revelaciones infamantes. Al menos eso es lo que me escribieron mis amigos a Constantinopla.

¹⁹ Aleksandr Y. Miasnikov (1886-1925), licenciado en Derecho, notario y periodista, había sido comisario político del Ejército Rojo y era entonces secretario del partido en Transcaucasia. Murió el 22 de marzo de 1925 en un accidente aéreo.

²⁰ Solomon G. Mogilevsky (1885-1925), miembro del partido en 1903, chekista desde 1918, comandaba la Cheka en Transcaucasia y murió en el mismo accidente aéreo que Miasnikov.

²¹ Khristian G. Rakovsky (1873-1941), viejo revolucionario internacionalista, había presidido el gobierno soviético ucraniano hasta 1923 y, tras el exilio de Trotsky, fue el principal dirigente de la Oposición de Izquierda en la URSS. Se rindió en 1934 y fue arrestado de nuevo a principios de 1937.

²² Iván N. Smirnov (1881-1936), cerrajero, organizador clandestino, “la conciencia del partido” según Lenin, héroe de la guerra civil, bolchevizador de Siberia, miembro de la Oposición de Izquierda, se había rendido —sin deshonra— en 1929, pero reanudó su actividad opositora y organizó en 1932 un “bloque de oposiciones”. Detenido ese mismo año, fue condenado y ejecutado en agosto de 1936.

²³ Jan E. Rudzutak (1887-1938), viejo bolchevique letón, metalúrgico y dirigente sindical, había apoyado a Stalin, pero fue detenido en 1937 por querer detener la sangrienta represión.

²⁴ Klementi E. Voroshílov (1881-1969), viejo estalinista, estaba oficialmente al frente del ejército.

En noviembre de 1927, la comisión central de control, con la participación de numerosos representantes de las comisiones de control de Moscú, examinó la cuestión de la expulsión del partido de Zinóviev, Kámenev y yo mismo.

El veredicto estaba decidido de antemano. Enukidze presidía la mesa. No perdonamos a nuestros jueces. Los miembros de la comisión se sentían incómodos ante nuestras acusaciones. El pobre Abel estaba descompuesto. Entonces entró en escena Sajarov²⁵, uno de los estalinistas más acérrimos, un auténtico gánster, dispuesto a cometer las tareas más sórdidas. El discurso de Sajarov estaba lleno de insultos vulgares. Exigí que le retiraran la palabra. Pero los miembros del presidium, que sabían muy bien quién dictaba ese discurso, no se atrevieron a hacerlo. Entonces declaré que no tenía nada que hacer en una asamblea así y abandoné la sala. Poco después, Zinóviev y Kámenev, a quienes algunos miembros de la comisión habían intentado retener, se unieron a mí. Unos minutos más tarde, Enukidze me llamó por teléfono a mi casa y me pidió que volviera. “¿Cómo puedes soportar a esa chusma en la máxima institución del partido?”, me preguntó Abel, suplicante. “León Davidovich”, me suplicó Abel, “¿qué importancia tiene Sajarov?”. “Más grande que la de usted, en cualquier caso”, respondí, “porque él hace lo que le han ordenado, mientras que usted solo gime”. Enukidze balbuceó algo ininteligible, de lo que se desprendía que aún esperaba un milagro. Yo no esperaba ningún milagro. “¿Ni siquiera se atreve a culpar a Sajarov?”. Enukidze permaneció en silencio. “¿No van a votar ustedes dentro de cinco minutos mi expulsión?”. La respuesta fue un profundo suspiro. Esa fue mi última explicación con Abel. Unas semanas más tarde, fui deportado a Asia Central y, al cabo de un año, emigré a Turquía. Enukidze siguió siendo secretario del comité ejecutivo central. Debo confesar que empecé a olvidar a Enukidze. Pero Stalin sí se acordaba de él.

Enukidze fue destituido unos meses después del asesinato de Kírov²⁶, poco después del primer proceso a Zinóviev y Kámenev, en el que estos fueron condenados solo a diez y cinco años de prisión, respectivamente, por su responsabilidad “moral” en este acto terrorista. No cabe duda de que Enukidze y decenas de otros bolcheviques intentaron protestar contra la represión que comenzaba a sufrir la Vieja Guardia de Lenin. ¿Qué forma tomó la protesta? Oh, no fue un complot, ni mucho menos. Enukidze intentó convencer a Kalinin, llamó por teléfono a miembros del politburó, tal vez al propio Stalin. Eso fue suficiente. Como secretario del comité ejecutivo central, una de las figuras centrales del Kremlin, Enukidze era totalmente intolerable en el momento en que Stalin estaba poniendo en marcha su gigantesca impostura judicial.

Pero Enukidze era aún un personaje demasiado importante, gozaba de demasiadas simpatías, se parecía muy poco a un conspirador o a un espía (pues estas palabras aún conservaban un atisbo de significado en el vocabulario del Kremlin) como para que se le pudiera fusilar sin más. Stalin decidió proceder por etapas. El CEC de la federación transcaucásica, siguiendo órdenes secretas de Stalin, envió al Kremlin una solicitud para que Enukidze fuera “liberado” de sus obligaciones como secretario del CEC de la URSS, con el fin de poder ser elegido presidente del órgano supremo de Transcaucasia. A principios de marzo de 1935 se accedió a esta petición. Pero Enukidze apenas había llegado a Tiflis cuando los periódicos dieron la noticia de su nombramiento como...

²⁵ Vasili V. Sajarov (1889-1932), miembro del partido desde 1910, director de una fábrica textil y miembro de la comisión de control de Moscú, participaba en esta reunión de la comisión central.

²⁶ Sergei M. Kostrikov, conocido como Kírov (1886-1934), era miembro del secretariado y del buró político, considerado tanto el delfín como un posible rival de Stalin cuando fue asesinado el 1 de diciembre de 1934. Stalin, que con toda probabilidad había preparado este asesinato, lo utilizó como pretexto para una represión masiva. Los primeros viejos bolcheviques que fueron víctimas de ella, Zinóviev y Kámenev, fueron condenados en enero de 1935 a diez y cinco años de prisión, respectivamente, por “responsabilidad moral” en este asesinato.

responsable de los balnearios del Cáucaso. Este nombramiento, que tenía un carácter burlón, muy en la línea del estilo de Stalin, no presagiaba nada bueno. ¿Realmente administró Enukidze los balnearios durante los dos años y medio siguientes? Es mucho más probable que simplemente estuviera bajo la vigilancia de la GPU en el Cáucaso.

Pero Enukidze no se rindió. El segundo juicio contra Zinóviev y Kámenev (agosto de 1936), que terminó con la ejecución de todos los acusados, amargó al viejo Abel. Se extendió el rumor de que había sido Enukidze quien había redactado la casi apócrifa “Carta de un viejo bolchevique” publicada en el extranjero²⁷. No, Enukidze era incapaz de tal iniciativa. Pero Abel estaba indignado, refunfuñaba, tal vez incluso maldecía. Era muy peligroso. Enukidze sabía demasiado. Había que actuar con decisión. Enukidze fue detenido. La acusación inicial era bastante oscura: un tren de vida demasiado lujoso, nepotismo, etc. Stalin hacía pagar a plazos.

Pero, incluso entonces, Enukidze no se rindió. Rechazó cualquier tipo de “confesión” que hubiera permitido incluirle en la lista de acusados del proceso de Bujarin-Ríkov. Un acusado sin confesión voluntaria no es un acusado. Enukidze ha sido fusilado sin juicio, como “traidor y enemigo del pueblo”. Lenin, que era capaz de prever muchas cosas, no había previsto un final así para Abel.

El destino de Enukidze es aún más llamativo por ser él mismo un hombre sin rasgos destacables, más un tipo que una personalidad. Cayó porque pertenecía a los viejos bolcheviques. En la vida de su generación hubo un período heroico: las imprentas clandestinas, las escaramuzas con la policía zarista, las detenciones, las deportaciones. El año 1905 fue fundamentalmente el apogeo de la órbita de estos “viejos bolcheviques”, que en sus ideas no habían superado la república democrática. Estos hombres, ya desgastados por la vida y cansados, en su mayoría se adaptaron a la revolución de octubre a regañadientes. En cambio, comenzaron a ocupar puestos en el aparato soviético con mayor seguridad. Tras la victoria militar, les parecía que tenían ante sí una existencia pacífica y sin preocupaciones. Pero la historia decepcionó a Abel Enukidze. Todavía le esperaban las dificultades más importantes. Para garantizar a millones de funcionarios, grandes o pequeños, su filete, su botella de vino y otras buenas cosas, resultó que se necesitaba un régimen totalitario. Es poco probable que Enukidze, que no era en absoluto un teórico, dedujera que la autocracia de Stalin se derivaba del apetito de comodidad de la burocracia. Simplemente fue uno de los instrumentos de Stalin en la consolidación de la nueva casta privilegiada. La “depravación” de la que se le acusó personalmente era en realidad un elemento orgánico de la política oficial. Enukidze no pereció por eso, sino porque no supo llegar hasta el final. Durante mucho tiempo aguantó, se inclinó y se adaptó. Pero llegó a un límite que no pudo superar. Enukidze no conspiró ni preparó actos terroristas. Simplemente levantó su cabeza canosa en medio del terror y la desesperación. Quizás recordó la vieja predicción de Kámenev: “Stalin nos enviará a todos a la fosa”. Probablemente recordó la advertencia de Lenin: “Stalin es desleal y abusa del poder”. Enukidze intentó detener el brazo que se abatía sobre las cabezas de los viejos bolcheviques. Eso fue suficiente. El jefe de la GPU recibió la orden de arrestar a Enukidze. Pero el propio Yagoda²⁸, ese cínico arribista que había preparado el juicio de Zinóviev, se echó atrás ante esta misión. Yagoda fue sustituido por el desconocido

²⁷ Hoy sabemos que este texto, publicado por Nikolayevsky en 1936, fue redactado en realidad por él mismo basándose principalmente en las confidencias de Bujarin, a quien había conocido en 1935.

²⁸ Henrikh G. Yagoda (1891-1938), miembro del partido desde 1907, miembro del presidium de la Cheka en 1920, adjunto al jefe del GPU en 1924, se había convertido en 1934 en comisario del pueblo para el interior (NKVD). Stalin le reprochó en septiembre de 1936 que llevaba “cuatro años de retraso”. Fue nombrado entonces comisario de comunicaciones, destituido de sus funciones en abril de 1937 y detenido.

Yezhov²⁹, que no tenía ningún vínculo con el pasado. Yezhov no tuvo ninguna dificultad en poner frente a los máuseres a todos aquellos a los que Stalin señalaba con el dedo. Enukidze fue uno de los últimos. Con él desapareció de la escena la vieja generación de bolcheviques, al menos él, sin humillarse.

Edicions Internacionals Sedov
Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

²⁹ Nikolái Y. Yezhov (1895-1940), miembro del partido en 1917, había hecho carrera como apparachik, lo que le llevó al departamento de la secretaría del CC encargado del personal y los nombramientos. En el comité central en 1934, fue nombrado, en marzo de 1935, secretario del comité central y presidente de la Comisión Central de Control del Partido Bolchevique, de la que había dirigido la purga. Finalmente, sustituyó a Yagoda en 1936.